

Y cada cual interrogándose, palpándose, auscultándose, contaba á los demás con fanfarronerías bajo las cuales se sentía el miedo, y como el que canta por la noche para aturdir sus temores, contaba los síntomas observados en sí, de esa enfermedad que es el terror, el pensamiento fijo, la conversación de sobre mesa, de ese mundo de existencia nerviosa y asaltada de tentaciones sensuales. Y poco á poco la conversación, saliendo de la fraseología vaga, llegaba á las *artropatías*, á la *esclerosis sistemática de los cordones posteriores de la medula*, al *reblandecimiento rojo*, á los *ataques apopletiformes*, á la *tremulación epileptoide* de los músculos de la cara que sirven á la palabra... á las frases espantosas, á los términos que suenan en el oído como un toque de muerto y que daban á la fiesta la jovialidad de una conferencia de clínica delante de un cadáver tendido en una losa.

—Vaya, me voy—dijo la Faustin que acababa de cumplir bastante fríamente su misión—estáis verdaderamente lúgubres para mí, señores.

En el comedor, la Faustin encontró á su hermana ocupada en arreglarse con coquetería sobre la cabeza una redecilla española, y que le dijo:

—Rosalina quiere absolutamente verte... tiene necesidad de consultarte sobre un cambio en su entrada del quinto acto...

no le querrás rehusar esto... Mira, toma esta capelina.

Y las dos mujeres salieron juntas.

IX

Bajaron un piso, y una puerta abierta por Buena-Alma las introdujo en un corredor interior del teatro, donde algunos caballeros decían ternezas á cabezas de mujeres envueltas hasta el cuello en las cortinas de sus cuartos, y que salían de las puertas imitando á la «Frileuse» de Houdon, y esto mientras que las vestían por detrás.

Rosalina estaba todavía en escena. En el cuarto vacío no había más que el hijo de la querida de Carsonac.

Aprovechando la ausencia de la actriz y de la camarista, el niño, sentado al tocador y rodeado de la esponja de blanco, de la borla, del bote de rojo y del pincel para las cejas, estaba concienzudamente ocupado en «hacerse una cabeza» de viejo, bebiendo al mismo tiempo, entre brochazo y brochazo, un trago de un vaso donde había vertido la mitad de un frasco de jarabe de grosella colocado sobre el cubo.

—¡Cómo aquí á esta hora todavía, maldito chiquillo!—dijo la madre echándolo abajo de la silla y limpiándole rudamente la cara con su pañuelo.—Victorino—gritó á un mozo que pasaba—coge á este tunante

y llévaselo á Celia, con la orden de meterlo en la cama sin vacilar... Mira —añadió Buena-Alma, mirando su reloj—el acto dura más tiempo que de ordinario... Tengo que decir dos palabras... te dejo un momento, y te traeré á Rosalina.

La Faustín, un poco delicada aquel día, se dejó caer sobre el pobre canapé de madera de nogal, y entre el calor tórrido, la atmósfera sofocante de baño moro de la piecicita, y en la congestión soñolienta que producen esos rincones sin aire é inflamados con el gas de los fondos de teatro, escuchaba, como palabras dichas muy lejos de ella, trozos de una conversación mantenida por una larguirucha criatura extenuada á la puerta del cuarto.

—Sí—decía la criatura—de las ocho á las cinco trabajar en el taller de los trajes, y luego de las seis á la una de la mañana hacer mi oficio de camarista..., y por todo esto cuarenta francos al mes... y hace tres que el director no me ha pagado... y hoy no tengo en el estómago más que el café con leche... Y se quiere que tenga gusto para vestir de terciopelo y encajes á estas perdidas que se regalan en cenas con trufas.

Y al mismo tiempo que los oídos de la Faustín percibían vagamente las palabras de la camarista, sus ojos soñolientos veían desvanecerse, con contornos y colores de sueño, el mobiliario borroso del cuarto: la

estufilla de loza blanca, cuyo tubo iba á perderse por un agujero, la mesa-tocador de madera blanca pintada de negro, una verdadera mesa de escribir de pasante de escribano, el gran espejo flanqueado de dos mecheros de gas que cegaban, y en el que se destacaba, sobre una inmensa cartulina, el nombre del echador de cartas CLAUDIUS, en medio de cuatro cabezas de amores mofletudos, cuyos alientos, grabados á manera de los vientos cardinales de los antiguos mapas, decían: *Felicidad, Salud, Exito, Fortuna.*

Y por la puerta entreabierta, los que iban y venían por el corredor, acudiendo á llamamientos invisibles, á algo lejano, de donde se escapaba un gran murmurio, parecido á un clamor de horizonte, no parecían á la mujer más que una agitación automática, el movimiento de una casa de locos, donde se hacían, con aspecto razonable, cosas incomprensibles.

La Faustín se decidió á sacudir la invasión de aquel letargo, con la pesadilla de palabras y de visiones que se mezclaba á él; la mujer hizo un esfuerzo, y saliendo dolorosamente de su pereza física, sacudió con la mano el canapé, y tropezó con un pedazo de papel impreso, un fragmento de periódico que se puso á leer.

Aquel periódico estaba escrito en la lengua que había aprendido en Escocia, en

medio de besos que le cerraban la boca cuando pronunciaba mal.

De pronto la Faustin se levantó, como despertada súbitamente, hizo una inspección rápida del cuarto, que examinó en todos sentidos; y después, con una fuerza nerviosa, que jamás se habría esperado de su ser delicado, se puso á empujar y á mover todos los muebles. El canapé estaba fijo á la pared. En seguida cogió cerillas, y tendida á lo largo en el suelo, á la luz de la llamita metida debajo con una mano, removía con la otra la basura y las telas de araña.

—¿Estás loca? ¿Qué haces ahí? —dijo su hermana, sorprendiéndola en aquella operación al volver con Rosalina y la camarista.

La Faustin se levantó de un salto, y gritó á Rosalina:

—¿De dónde procede este papel?

—¡Ese papel... no lo sé!... ¡Ah, sí! Es un periódico inglés que envolvía un chaleco de punto de seda... esos chalecos como una tela de araña... y que me han enviado de Londres uno de estos días.

—Pero el nombre del periódico... dígame V. el nombre... la fecha al menos... ¿es de ayer, es de hace años?... ¡Ah! Esas cosas que se saben, sin saber cuándo han pasado... y este pedazo que falta aquí abajo... aquí, mirad...—Y dirigiéndose á

la camarista:—Dos luises para V. si me encuentra este pedazo... ¿lo ve V. bien?

—¡Dios mío, dos luises!—dijo la mujer extenuada, como si se abriera la tierra á sus pies.—¡Y decir que he encendido la estufa con él!

—¿Pero qué es lo que hay en ese periódico?—dijo la hermana de la Faustin.

—Nada... nada... otra vez seré toda de V... ¿Verdad que me da V. este pedazo de papel, Rosalina?

Y sin oír y sin responder, la Faustin salió del teatro, se lanzó á la escalera. Allí, sintiéndose sola, bajo el quinqué del primer piso, á riesgo de caer é inclinado todo el cuerpo fuera del pasamano, estudiaba el rasgón de abajo que, después del nombre de William, cortaba la tercera letra de un apellido, parecido al de su antiguo amante.

Llegada á la calle, la Faustin hizo señas á su cochero de que la siguiese, y echó á andar por el oscuro malecón, con ese andar extraño y vacilante de la mujer que, de noche, va á arrojar al Sena, haciendo volver la cabeza á los raros transeúntes que la segufan un momento con la vista. Y bajo todos los mecheros de gas, tendía á la luz vacilante el pedazo de papel enigmático, creyendo cada vez poder arrancarle su secreto.

—Verdaderamente estoy loca esta no-

che... ¡Es tan sencillo saber lo que quiero —exclamó en alta voz; y subió á su carruaje que partió al trote largo.

Así que entró en su casa, la Faustin se sentó á su *secrétaire*, escribió una carta, se desnudó sola, y, desnuda, en vez de meterse en la cama, se puso á dar paseos por su cuarto durante un gran espacio de tiempo de que no tuvo conciencia.

Aquella noche, la Faustin soñó con el artículo que había leído: una cacería de tigres dada por el Virrey de las Indias, una cacería en la que había un herido á quien veía en tanto con el rostro de William Rayne, en tanto con el rostro de un hombre desconocido.

Al día siguiente, encendido el fuego de su ama, Guenegaud, inclinada sobre la chimenea y delectándose entre dientes: «Señor... señor... primer secretario de la embajada inglesa», añadía en voz alta:

—¡Ah! ¿Es una carta que hay que llevar, señora?

Enderezóse la Faustin, y teniendo un momento sus codos desnudos en las manos, quedó sin responder; luego dijo á Guenegaud:

—Echa al fuego la carta y el pedazo de papel que hay á su lado.

Y volviendo á caer sobre la almohada y como hablando á la pared: «No, una certeza cualquiera... no la quiero... me da

miedo... prefiero seguir viviendo en la ignorancia... poder esperar siempre...»

Pero desde aquel día, aun no queriendo saber, la imaginación de la Faustin no volvió á ver á William sino rodeado de lo novelesco de un héroe de Méry y desgarradas sus blancas carnes por las patas de la fiera.

X

—Comencemos otra vez la gran escena de amor del segundo acto—decía el director al fin del tercer ensayo.

LA ACTRIZ.—Hele aquí...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Está bien, sí, muy bien..., sin embargo, ¿si quisiera V. que comenzáramos otra vez?... V. sabe... que teme ver á Hipólito... y, al mismo tiempo, es atraído hacia él por una fuerza superior... La escena pide, creo, ser atacada más profundamente.

LA ACTRIZ.—Hele aquí; toda la sangre se me golpea al corazón.

Al verle olvido lo que vengo á decirle.

.....
Se dice que una pronta partida os aleja de nosotros.

Señor. A nuestros dolores vengo á unir mis lágrimas.

Vengo á explicaros mis alarmas por un hijo.

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Eso es... la pequeña nota de hipocresía femenina de esos versos.

LA ACTRIZ.—Mi hijo ya no tiene padre...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Es muy importante ese «mi hijo que ya no tiene padre»... y pide ser dicho con un sentimiento, por decirlo así, sobreentendido.

LA ACTRIZ.—..... y no está lejos el día,

Que debe hacerlo testigo de mi muerte.

Mil enemigos atacan ya su infancia;

Vos sólo podéis emprender contra ellos su defensa.

Pero.....

EL DIRECTOR DE ESCENA.—(Que tenía la costumbre de hablar para sí, y á quien la Faustin parecía no oír la mayor parte de las veces). Aquí la contraparte de la escena y bajar la voz en el pero.

LA ACTRIZ.—Pero un secreto remordimiento agita mis espíritus:

Temo haber cerrado vuestro oído á sus gritos.

Tiemblo de que sobre él vuestra justa cólera

No persiga bien pronto á una odiosa madre.

EL DIRECTOR DE ESCENA.—A ti, Hipólito, Luis XIV.

.....

EL DIRECTOR.—(De codos sobre el pasa-

mano de la escalerilla de madera blanca, echada durante los ensayos, de la sala al escenario, y que golpea con su bastón los peldaños cuando la tirada languidece). Dispense V. ¿Usted conoce el efecto introducido por la Clairon, el ligero estremecimiento de todo su cuerpo, en el momento en que hiere su oído el sonido de la voz de Hipólito?

LA ACTRIZ.—Aunque me odiarais...

—No, no es esto, no es esto... espere V... ya lo tengo... no,—y después de haber estrujado violenta y coléricamente con sus dos manos la punta de su corpiño, la Faustin, dirigiéndose al director de escena: —¿Cómo lo diría V.?

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Desearía no decirlo... quisiera que fuera V... y con la entonación que yo siento... Mire V., digá-noslo V. con la llaneza de la prosa de todos los días... ahora dele la inflexión noble... ¡Perfecto!

EL DIRECTOR.—¡Oh, con V... no hay más que indicarle una cosa, para que exceda V. con mucho lo que se le pide!

LA ACTRIZ.—Aunque me odiarais, no me quejaría,

Señor: me habéis visto dedicada á hacer os daño;

En el fondo de mi corazón...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Dé V. á «en el fondo de mi corazón» algún más valor...

y ahora llenemos el ritmo hasta el fin de la estrofa.

LA ACTRIZ.—En el fondo de mi corazón no podáis leer.

He tenido cuidado de ofrecerme á vuestra enemistad:

En las orillas que habitaba no he podido sufriros;

En público, en secreto, contra vos declarada,

He querido estar separada por mares;

Hasta prohibí, por una ley expresa,

Que se osara pronunciar ante mí vuestro nombre.

Sí...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Un poquito más bajo el tono.

LA ACTRIZ.—Si se mide la pena por la ofensa,

Si sólo el odio puede atraer vuestro odio,

Jamás mujer.....

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Una, dos... y haga sonar el último verso.

LA ACTRIZ.—...fué más digna de piedad,

Y menos digna, señor, de vuestra enemistad.

.....

¡Ah, señor! ¡Que el cielo

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Destaque V., destaque la palabra cielo, que aquí tiene una significación... y entremos después en la nota del enternecimiento.

LA ACTRIZ.—¡Ah, señor! ¡Que el cielo, me atrevo á afirmarlo,

Ha querido exceptuarme de esta ley común!

Un cuidado bien diferente me turba y me devora.

—Me devora, me devora, me devora—repetió la Faustin, que á la tercera vez exclamó:—¡Ah! Esto es, ya lo he cogido, me parece, con la fuerza pedida en el último ensayo.

.....

No se ve dos veces la ribera de los muertos,

Señor: puesto que Teseo ha visto las sombrías orillas,

En vano esperáis que mi dios os lo devuelva;

Y el avaro Caronte no suelta su presa.

¡Qué digo! No ha muerto, puesto que respira en vos.

Siempre ante mis ojos creo ver á mi esposo:

—Lo veo, le hablo...

EL DIRECTOR.—¡Oh, muy bien, muy bien..., eso parece dicho en un momento de alucinación!

LA ACTRIZ.—...y mi corazón..., me extravió,

Señor; mi loco ardor se declara á mi pesar.

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Un poco más

relieve en «á mi pesar». A mi pesar es Venus rondando, la temida y la temible Venus;—y en un arranque jovial, el director de escena añadió:

Dime, Venus, ¿qué placer encuentras
En hacer caer... caer así á la virtud?

LA ACTRIZ.—Sí, príncipe, languidezco,
ardo por Teseo;

Lo amo, no como lo han visto en los infiernos,

Inconstante adorador de mil objetos diversos,

Que va á deshonorar el lecho del dios de los muertos,

Sino fiel, sino digno, y hasta un poco feroz,

Encantador...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Fiel, perfectamente acentuado..., además la cosa está realizada con la modulación de la mujer *disparada*.

EL DIRECTOR.—Está tan bien dicho como lo decía la Rachel..., y lo decía muy bien... y hasta acaso el «un poco feroz», tiene en boca de V. una gracia aún más adorada.

LA ACTRIZ.—Encantador, joven, arras-trando tras sí todos los corazones,

Tal como se pinta á nuestros dioses, ó tal como yo os veo.

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Un poco más de exaltación en el acento amoroso..., y

póngase todavía más en comunicación con el hombre amado, si es posible.

LA ACTRIZ.—Tenía vuestro porte, vuestros ojos, vuestro lenguaje;

Ese noble pudor coloraba su rostro,

Cuando de nuestra Creta atravesó las olas,

Digno de los votos de las hijas de Minos.

¿Qué hacíais entonces? ¿Por qué, sin Hipólito,

Reunió lo más escogido de los héroes de la Grecia?

EL DIRECTOR.—¿Quiere V. permitirme una pequeña observación?... Que se note siempre á través de su dicción, la estructura de nuestros grandes versos simétricos, balanceados sobre dos rimas generales y dos hemistiquios iguales.

LA ACTRIZ.—¿Por qué, demasiado joven aún, no pudisteis entonces

Entrar en la nave que lo trajo á nuestras orillas?

Por vos habría perecido el monstruo de la Creta,

A pesar de todas las revueltas de su vasto retiro;

—Después—decía al apuntador la Faustín, faltándole la memoria é impacientada por alguna cosa en el relato, que no confesaba.

Y continuó:

Para deshacer el embarazo incierto,

Mi hermana habría armado vuestra mano del hilo fatal.

Pero no; yo me habría adelantado á ella en ese designio;

El amor me habría inspirado desde luego la idea:

Soy yo, príncipe, soy yo quien os hubiera ayudado

A conocer las vueltas del laberinto.

¡Qué de cuidados me habría costado esa encantadora cabeza!

Un hilo no habría tranquilizado bastante á vuestra amante;

Compañera del peligro que necesitabais buscar,

Habría querido marchar yo misma delante de vos;

Y Fedra, descendida con vos al laberinto,

Se habría encontrado ó perdido con vos.

EL DIRECTOR.—¡Maravilloso!... Y ese último verso parece que sale del otro enamorado de Dido.

.....
LA ACTRIZ.—¿Y por qué juzgáis que yo pierdo la memoria de ello?

EL DIRECTOR DE ESCENA.—¿No haría bien ahí un pequeño retroceso de toda vuestra persona?

LA ACTRIZ.—Príncipe, ¿habría yo perdido todo el cuidado de mi gloria?

.....

¡Ah, cruel! ¡Demasiado me has entendido!

Bastante te he dicho para sacarte de error.

¡Pues bien! Conoce á Fedra y todo su furor;

Amo. No pienses que desde el momento que te amo,

Inocente á mis ojos, me apruebo yo misma.

EL DIRECTOR.—Aquí una indicación más acentuada del sufrimiento moral.

LA ACTRIZ.—Ni que del loco amor que turba mi razón

Mi cobarde complacencia haya nutrido el veneno;

Objeto infortunado de las venganzas celestes,

Yo me aborrezco todavía más que tú me detestas.

Los dioses me son testigos, esos dioses que en mi seno...

EL DIRECTOR DE ESCENA.—Dar más relieve á la palabra dioses, esa palabra que está dos veces con intención en el mismo verso.

EL DIRECTOR.—Sí, sí, haga V. sonar la palabra dioses... que no se sienta en esta escena la locura física..., nada de histerismo..., no seamos la actriz demasiado dirigida por el público... V. tiene un talento por encima de esto..., representemos como

víctima de la fatalidad, como mujer que sucumbe bajo la venganza de los dioses... Esta es la tradición, la gran tradición del teatro francés.

LA ACTRIZ.—Los dioses me son testigos, esos dioses que en mi seno

Han encendido el fuego fatal en toda mi sangre;

Esos dioses que se han hecho una gloria cruel

De seducir el corazón de una débil mortal.

Tú mismo en tu espíritu recuerda el pasado;

Es poco haberte huido, cruel, te he arrojado.

Aquí, la Faustin cortaba su tirada con frases dirigidas á Hipólito, en la entonación del movimiento dramático: «No me mire V. así..., tenga V. el aire de un hombre aburrido de mi amor y que vuelve la cabeza... sin esto, no tendré ninguna razón para decirle dentro de un momento: «Si tus ojos pudieran mirarme un instante.»

He querido parecerte odiosa, inhumana; Para mejor resistirte he buscado tu odio.

¿De qué me han aprovechado mis inútiles cuidados?

Tú me odiabas más, yo no te amaba menos.

EL DIRECTOR DE ESCENA.—El «yo no te amaba menos» con voz de llanto, ¿eh?

LA ACTRIZ.—Tus desdichas te prestaban aún nuevos encantos.

He languidecido, me he secado en los fuegos, en las lágrimas;

Basta que me mires para persuadirte de ello,

Si tus ojos pudieran mirarme un instante.

¡Qué digo! Esta confesión que yo te quiero hacer,

Esta confesión tan vergonzosa, ¿la crees voluntaria?

Temblando por un hijo que no me atrevía á traicionar.

Yo te venía á rogar...

EL DIRECTOR.—Separe V., querida, el «yo te» como el «que yo te quiero hacer» de hace un momento... la reunión de aquellos dos y de estos tres monosílabos no hace bien... eso tiene algo de populachero.

... Yo te venía á rogar que no lo odies:

¡Débiles proyectos de un corazón demasiado lleno de lo que ama!

¡Oh, no he podido hablar más que de ti mismo!

Véngate, castígame de un amor odioso:

Digno hijo de un héroe que te ha dado el ser,

Libra al universo de un monstruo que te irrita.

¡La viuda de Teseo se atreve á amar á Hipólito!

EL DIRECTOR. — Sí, ahí se necesita absolutamente un poco de Pasifae.

LA ACTRIZ. — He aquí mi corazón: este es el que tu mano debe herir,

Impaciente ya por expiar su ofensa

Lo siento ya avanzar en busca de tu brazo,

¡Hiere!...

EL DIRECTOR DE ESCENA. — Primer desenlace... y de aquí hasta el final de la estrofa *rinforzando*.

LA ACTRIZ. — ¡Hiere! O si tú lo crees indigno de tus golpes,

Si tu odio me niega un suplicio tan dulce,

O si es que tu mano se mojaría de sangre demasiado vil,

En defecto de tu brazo préstame tu espada;

Dame.

Y la Faustin, apostrofando á Hipolito, le decía en tono agresivo:

— Pero yo no puedo, sin embargo, ir á buscar su espada de V. bajo su túnica... el gesto es para mí horriblemente difícil... es preciso que por su posición me facilite V. un movimiento que no sea ni un movimiento común ni un movimiento canalla.

XI

En el estudio de este papel de Fedra, en la posesión de su cerebro por la tragedia,

en el esfuerzo de su inteligencia para hacer brotar de sus entrañas la pasión de la gran histórica legendaria, la llama que quemaba á la mujer de Teseo — fenómeno más común de lo que se cree en el teatro — se había encendido en el cuerpo de la Faustin.

A la hora presente, se asombraba de las plenas sensaciones que le traían las cosas que acarician los sentidos, del placer penetrante que le daba el olor de una flor respirada con fuerza en la palma de la mano, y entornados los ojos, en los oídos algo del ruido que conservan en el fondo las conchas del mar, la Faustin se estaba largas horas, completamente sumida en sueños ardientes, en hervores de cerebro que no son el pensamiento, mientras que su cuerpo abandonado y su carne amorosa eran sacudidos por pequeños estremecimientos sensuales. Una furiosa necesidad de amar, que desde el primer momento se había vuelto hacia el recuerdo de William Rayne, mostrábase en ella desencadenada y sin objeto, y presta á caer sobre cualquiera. En medio de la calma y de los hábitos burgueses de sus relaciones con Blancheron, á la manera de ciertas mujeres casadas buenas mucho tiempo, la trágica sentíase mordida por la repentina é irresistible ansia del adulterio con un desconocido proporcionado por la ocasión.

En el momento de representar, la Faustin se encontraba en el estado de una mu-

jer que, después de una lectura voluptuosa, tendida en el banco de un parque, á orillas de una carretera, entre las cálidas bocanadas de un viento de tempestad y en medio de palomas que se arrullan y de plantas que desfallecen, llama muy bajito con sus deseos á un transeunte temerario.

XII

Esta especie de ardor físico estaba en cierto modo alentado por la complacencia de sus ensueños, la insistencia en ello de su reflexión, la complicidad de su cerebro. La artista estaba poseída por la idea de que si la casualidad no le concedía el que su ser fuese removido por una pasión, un capricho fogoso, una tempestad pasajera, por una brusca revolución en la marcha de su existencia amorosa, no encontraría la ternura, el ardor, la llama, en fin, los medios dramáticos que exigía el fogoso personaje de Racine. Hasta había llegado á preguntarse si su vida serena, tranquila, apaciguada, su vida, por decirlo así, de mujer casada, no había adormecido sus facultades, quitado tensión nerviosa á su manera de representar, templado el atrevimiento de sus tentativas, y si en sus últimas creaciones había mostrado la potencia, las cualidades soberanas, la originalidad que se tenía derecho á exigir de ella. Recordaba los años

de sus comienzos, los años de miseria, de amores variables, de una vida castigada, trabajosa, llena de dramas de corazón, y siempre en la emoción aguda de la pasión; y encontraba en aquellos años miserables y llenos de fiebre, sus más brillantes éxitos, sus triunfos menos discutidos, las creaciones que recordaba con más orgullo. Al mismo tiempo que era solicitada por estos pensamientos, sin que lo quisiera, acudían á su espíritu todas las teorías cínicas expuestas por su hermana sobre la higiene de la mujer de talento, y sobre la especie de masculinidad de la artista,—hembra del canto y de la declamación, de la artista de órganos vocales desarrollados, y sobre el aspecto «mal sujeto» del otro sexo, dado por la naturaleza á esta mujer, y sobre una necesidad de libertinaje que formaba en cierto modo parte de su genio.

Y le acometían por momentos, sin motivo ni razón, deseos repentinos, locos, novelescos, de abandonar aquella existencia que se deslizaba dulcemente, de romper bruscamente con Blancheron, de vender su hotel, de enviar su casa á todos los diablos; y rotas de un solo golpe todas estas ligaduras burguesas y arrojada por la ventana toda esta felicidad correcta, veíase en un barrio extraviado, en un cuartito de su juventud, que había visto, hacía pocos días, con papeles, volver á comenzar sus jóvenes y libres

y fantásticos amores de otro tiempo, y llevar al teatro el rechazo de las alegrías y de los dolores de aquella vida febril.

XIII

En la claridad crepuscular del escenario, aparecía, muy en el fondo, un palacio de Trecena, de una arquitectura dórica de decorador de teatro; de entre los bastidores salían mujeres y hombres, vestidos con túnicas, con clámides, con *pallium* de amplios pliegues, de grandes caídas de tela, y cuya melopea cantaba los hechos heroicos de las generaciones muertas. Se habría dicho que era una Grecia fantástica tomando posesión de las tablas en la penumbra, y que hablaba con sonoridades de un lenguaje lírico que causaba alguna extrañeza á oídos del siglo XIX. Y allí estaba Fedra, la mujer de Teseo, la hija de Minos y de Pasifae, con su túnica estrellada y su banda de oro en la frente; y allí Teseo, y allí Hipólito, hijo de Teseo y de Antiope, reina de las Amazonas, vestido con una piel de fiera, y tal como figura en el cuadro de Guérin; y allí Aricia, princesa real de la sangre de Atenas; y allí el viejo Terameno, preceptor de Hipólito, bajo su manto sombrío; y allí Enona, nodriza y confidente de Fedra; y allí también Ismena y Panope.

Y entre la escasez del alumbrado, y la

triste vacuidad de la sala, donde en las tinieblas apenas habría más de treinta personas, sucedíanse los alejandrinos, en medio de una pantomima patética, y en el ondear de las ropas flotantes, y á través de la marcha noble de la catástrofe: todo esto pareciéndose mucho á la antigüedad resucitada en el cuadro de un pensionado de Roma, visto en una cueva conmovida por el rodar de los carruajes.

Y á esto lo llamaba el cartelito colocado en el corredor del *saloncillo* de los actores: ensayo con trajes, último ensayo de Fedra.

Ensayado enteramente el quinto acto, los hombres y las mujeres de la tragedia esparciéronse por todo el teatro dando brinco, con un contento febril, con una alegría habladora, con un resto de gesticulación dramática todavía en las manos.

La Faustin había salido al *saloncillo* de los actores, y allí, en la plena luz del día, la reina griega estaba reconvieniendo medio en broma, medio en serio, á un pintor de gran talento, amigo suyo, que había tenido la amabilidad de decirle, cuando comenzó á estudiar el papel de Fedra: «Yo te dibujaré, te cortaré y te haré el traje.» Y después de largas sesiones de los dos en la sección de estampas, y después de elegir entre tres acuarelas hechas por su amigo, y después de la inspección en común de la confección del traje... aquel traje muchas ve-

ces ensayado y retocado y que la trágica había encontrado encantador, hoy se quejaba ella de que le sentaba horriblemente mal.

— Mira, esto no está bien, de ninguna manera... y tú encuentras esto bonito, esta gran envoltura completamente lisa... y que frunce.

— Pero hija mía, es una túnica lo que llevas... y debes recordarlo, yo no he hecho más que reproducir el bajorelieve grabado de la villa Borghese, que hemos visto juntos.

— ¡Villa Borghese, villa Borghese!... ¿Es que había enaguas en aquel tiempo?... Y ahí está la dificultad: en que ahora las llevamos... Yo no puedo, sin embargo, por darte gusto, representar *en piel*, debajo de esto.

— ¿Qué es lo que me pediste? Un traje que tuviera estilo, carácter antiguo.

— Carácter antiguo... sí, pero con enaguas... Además, los colores de estas cosas... ¿Te gustan estos colores?— decía la Faustin como actriz siempre preocupada del traje de las otras mujeres que representaban con ella. — Más me gustan los colores de las cosas que lleva Aricia... Mira, tus colores son colores de pintor... colores para cuadros.

Un poco impacientada, y con amistoso desprecio en la sonrisa de los ojos, como el

pintor le hablase de la verdad histórica, la Faustin, aun siendo tan gran artista como era, le dijo como verdadera mujer:

— ¡Bastante me importa á mí estar bien históricamente!... Se trata ante todo de estar linda... eso. Y como el estreno no es hasta pasado mañana, es preciso que te entiendas con el sastre para cambiarme un poco, mucho, mi traje... y que esto haga así aquí... y que esto caiga acá... y además me alegrarás los colores.

Y recogiéndose con las dos manos la túnica, la Faustin, para quitar el mal humor al pintor, bosquejó con los movimientos de cadera de una bailarina española, un paso picaresco de cachucha, en los pliegues severos de su traje antiguo.

XIV

El sueño de las actrices antes de los estrenos, es uno de esos sueños interrumpidos á cada momento por un brusco despertar, en el que la durmiente se encuentra sentada en la cama, sonora todavía la boca de una tirada dicha en su febril somnambulismo; este fué el sueño de la Faustin la noche que siguió al ensayo general y durante cuyas largas horas, la trágica dormida era la mujer enamorada de la tragedia de Racine.

Temprano, muy temprano, saltaba de la cama, no pudiendo triunfar de un insom-

nio inquieto y que, como si le ardiera la piel, le hacía buscar, en sitios donde no había reposado su cuerpo, la frialdad de las sábanas.

Se echaba un peinador, abría la ventana y se apoyaba de codos en el antepecho.

Afuera caía la nieve con un tiempo como un día de primavera, y aquella nieve, bajo el soplo del viento del Mediodía, no tenía nada del invierno, pero era la suave blancura de las pálidas flores, y en la que se entreabren las rosas de Navidad. Además, aquella nieve se iluminaba con un rayo lechoso semejante á la luz de una lámpara de alabastro, y aquella dulce luz blanca estaba llena de algo enervante y casi voluptuoso.

La Faustin sentíase repentinamente tentada á andar en aquella cosa blanca, á sentir en su rostro el aliento refrescante de la brisa de nieve. Precisamente la víspera le había rogado su hermana que encargase á Blancheron una operacioncilla de Bolsa, y por una singular casualidad no había visto en todo el día á Blancheron. Estaba decidida, iría ella misma á cumplir el encargo y á hacer una visita matinal á su amante.

Y ya está la Faustin á pie en la calle, y se cruza con los que van y vienen, sin la prisa, el encogimiento friolero, el mal humor del frío, gentes alegres, satisfechas, que andan sin objeto, jóvenes que tararean

canciones amorosas, muchachas con un corsé en un periódico, que andan deprisa, sonriendo, sin mirar delante de ellas.

Llegada á lo alto de la calle de Amsterdam, en la casa en que Blancheron tiene un apeadero en el piso bajo, la portera dice á la visitante en el momento en que ésta se disponía á llamar:

—El señor no está en su habitación, la señora lo encontrará en la sala de armas.

La Faustin atravesó un jardincillo, en el fondo del cual Blancheron había alzado un elegante tinglado, donde daba todos los días una lección de una hora con un maestro de esgrima de regimiento.

En la sala de armas, la Faustin no encontró más que al maestro que estaba recogiendo floretes y efectos tirados por el suelo.

—¿Cómo, no hay nadie?—dijo la Faustin, fatigada por la cuesta de la calle y dejándose caer en la punta de una banquetta.

—No —respondió el maestro de armas levantándose del suelo y mostrando entonces un pantalón de cutí, manchado de sudor, y un rostro juvenil todavía animado de la lucha.—No, el señor Blancheron acaba de salir con un amigo suyo que debe batirse... y que ha venido un momento á ponerse en juego... no es muy cómodo ese señor... tiene un diablo de juego... que me ha hecho trabajar mucho...

—¡Calle, esto es nuevo!—exclamó la Faustin señalando con una mano á medias desenguantada, una panoplia de espadas de combate antiguas y modernas; y se puso á examinarlas con algo del cansancio de una mujer á quien cuesta trabajo levantarse de un sitio donde se encuentra bien sentada.

—¿De modo que dice V. que ha salido?—continuó al cabo de algunos instantes, con voz blanda, mientras que las ventanas de su nariz tenían estremecimientos imperceptibles.

En aquella sala, donde acababa de verificarse una serie de asaltos, donde habían sido derrochadas en una especie de furia actividades musculares, don le una transpiración guerrera había regado con sus gotas el piso; en aquella sala completamente impregnada de las secreciones de la Fuerza, salía aún humeante de los petos, de las sandalias, de toda aquella piel empapada en sudor, ese fuerte y excitante olor de hombre que produce un cosquilleo en los sentidos femeninos en los momentos de trastorno y de lubricidad.

La Faustin se levantó, fué á la puerta, luego, en el momento de salir, dió insegura dos ó tres vueltas por la pieza, y acabó por volver á sentarse en el sitio que había dejado.

El maestro de armas seguía recogiendo

los efectos y llevándolos á un cuarto oscuro en el fondo de la pieza.

Aquel maestro de armas era un rojo, de cortos cabellos rizados, de áspero bigotillo, de rasgos intrépidos de lindo espadachín de la corte de los Valois, con un pescuezo de becerro, muy blanco y flexibilidades y elasticidades felinas en movimientos vivos que esparcían en derredor suyo los olores de una juventud picante.

La Faustin lo miraba, y mientras que lo miraba subíanle á los ojos ligeros calores y sentía el latido de las arterias de sus sienes.

—¿Y no le ha dicho á V. el señor Blancherón si volvería?—dijo, rompiendo el silencio al cabo de algún tiempo, por hablar.

—No—contestó el joven continuando su faena y sin notar la atención de la joven.

La Faustin seguía clavada en la banqueta por una potencia magnética.

Y, poco á poco, la mujer veía las cosas que la rodeaban con la vaga tremulación de un deslumbramiento, é imágenes obtusas cruzábanle por el vacío del cerebro entre bocanadas de calórico, y una circulación de tiempo de tempestad arrastraba en sus venas glóbulos pesados, y sentía, bajado á las partes amorosas de su cuerpo, todo el caldeo intelectual de su papel, y no podía querer más, y allí no había, en su ser ardiente y húmedo, más que el deseo sensual,

el apetito desordenado de una joven bestia en celo—y esto en un arrebato sordo, una contracción embotada, una inmovilidad encogida, un cruzamiento nervioso de las piernas que pareciese á una defensa contra sí misma.

Entonces, la mirada de las mujeres llegadas á ese momento, esa mirada como cargada de sueño y de vino, esa mirada borracha, bajo los párpados pesados, fijóse obstinadamente sobre el joven maestro de armas.

—Usted...—comenzó en una frase interrumpida de pronto.

—¿Eh, señora?

—¡Nada!—dijo ella ásperamente.

Sus ojos, sin embargo, se encontraron... se hablaron en un relámpago... y el hombre señaló con una mirada el cuarto oscuro, y la mujer se levantó de la banquetta, y, con el movimiento de hombros resignado de una criatura vencida, siguió al hombre.

Pero inmediatamente volvióse á abrir con violencia la puerta, y la Faustin, perseguida y cogida en la sala por el hombre, que, con los ojos inflamados, trataba de hacerle entrar otra vez en el cuarto oscuro, luchaba cuerpo á cuerpo con la energía furiosa y los puñetazos en la cara con que una mujer se defiende de una violencia contra un individuo que le da horror. En fin, por un último y supremo esfuerzo, se

arrancó de sus brazos, hecho jirones el traje, y desapareció en el jardín, oyendo desde fuera al joven maestro de armas gritar, en la puerta de la sala, con colérico asombro:

—¡Vaya una parroquiana singular! ¡La señora quiere hombre, y, luego, la señora no lo quiere!

XV

—He recibido tu carta, y heme aquí—decía al día siguiente de la escena de la sala de armas, Buena-Alma, entrando en casa de la Faustin; y añadía, acercándose á ésta con los ojos interrogadores de un juez de instrucción:—¿Acaso habrá cometido alguna enormidad mi púdica hermana?

En la oscuridad de un saloncito, con las persianas cerradas, la trágica estaba tendida en el suelo sobre una alfombra, en una postura de desolación y de aniquilamiento, el moño suelto, los pies desnudos en unas babuchas sin talón, y el cuerpo como destrozado y privado de electricidad, bajo una bata de pliegues caídos y que parecían llorar sobre ella.

A la vista de su hermana, la Faustin escondió el rostro en un almohadón, y exclamó con voz entrecortada por sollozos nerviosos y la cara oculta entre los bordados:

— Me doy vergüenza... tengo horror de mí... ¡No, jamás me atreveré á decirlo!

— Bueno — dijo su hermana — ya veo lo que es... una complacencia no razonada con un perdido cualquiera... ¿Y es esa pequeñez la que te pone como una Magdalena arrepentida?

— No, no he tenido ninguna complacencia, no, ¡te digo que no! — repitió la Faustin indignada.

— Pues bien, entonces... si te has resistido á ti misma... no valía la pena de molestarme, y me voy.

— Quédate... no quiero que te vayas... necesito decirte... Tengo necesidad de confiarte estas cosas — y pronunció con un tono indefinible: — ¡Tú eres el sumidero de mi corazón!

La Faustin se puso á contar la escena de la víspera.

Su hermana la escuchaba como una gata que saborea leche, regocijada de la aventura, y penetrada, en el fondo de su ser, de la íntima y profunda alegría que una naturaleza viciosa de mujer experimenta con el envilecimiento de una amiga digna de su respeto.

— ¡Ah, mala perra... te alegra esta historia... te ries! — gritó á Buen-Alma la Faustin, poniéndose en pie de pronto: — ¡Qué desdicha haber nacido hermana tuya... tener la misma sangre que tú en las ve-

nas... y maldita sea la cuna donde nos acostaron juntas!... Sin ti, yo habría sido, óyelo, una mujer honrada... ¡Ah, lo que había ya en ti, cuando eras una niña pequeña!... Tú eres la que me has empujado, me has arrastrado, porque esto te divierte y encuentras gracioso el mal.

Buena-Alma, que en el curso de la vida de la trágica, había ya tenido dos ó tres escenas parecidas, y que sabía que en estas ocasiones su hermana experimentaba la necesidad de arrojar sobre ella los desfallecimientos de su carne, esperaba tranquilamente el fin del acceso, repitiendo entre dientes: «¡Duro, duro con la familia, puesto que esto te alivia, hija mía!»

Irritada por esta tranquilidad irónica, la Faustin, acercando su cara á la de su hermana, le dijo:

— Tú sola me has dado los instintos bajos, los gustos crapulosos, el amor á los perdidos, y tú eres, siempre tú, quien por momentos me vuelve canalla, y tal como te conozco desde los pies á la cabeza... ¡Oh, ese fango de que estás formada enteramente... y del que yo tengo un poco!

Y las manos y las uñas de la Faustin, sin tocar, sin embargo, á su hermana, arañaban el vacío alrededor de su cabeza.

La hermana besó dulcemente las pobres manos nerviosas de la actriz, y le dijo:

— Verdaderamente no es nada razonable

ponerte en el estado en que estás un día de primera representación.

—Ya he enviado á decir que no trabajaré... que estaba enferma... el médico del teatro debe volver... pero me da lo mismo... suceda lo que quiera... no trabajaré.

Y la Faustin se dejó caer, en el borde de un sofá, la cabeza entre las dos manos, que se apartaron al cabo de algún tiempo y dejaron ver un instante un rostro iluminado por la felicidad, donde ya no había nada del resentimiento de poco antes.

—De todos modos soy muy feliz, hermana... sí, muy feliz... porque si eso hubiera sucedido... jamás me habría atrevido á entregarme otra vez al otro... al que tú sabes... y ayer fué su pensamiento, su pensamiento lo que me salvó en el último momento.

Después volvió á pasar una nube gris sobre sus rasgos, y, olvidada completamente de la presencia de su hermana, se puso á monologar, andando de un extremo á otro del saloncito en una especie de excitación cerebral.

«Y, sin embargo, estoy formada para amar con lo que hay de noble en la mujer... lo que me gusta es la distinción ó la inteligencia en un hombre... y mi amor me parece que es un amor como hay poco de ello en los libros... Entonces ¿por qué estos arrebatos, por qué estos instantes de locu-

ra en que no me siento más que hembra?... Seguramente pesa sobre mí una fatalidad, la fatalidad que pesaba sobre aquella mujer cuyo papel represento... ¡Oh, esa Venus de las antiguas tragedias!...» Y en la trágica, vuelta á su papel, de pronto, y casi de una manera visible, entró un temor supersticioso á la diosa, cuyo nombre, hasta aquel día vano y muerto, sólo había pasado por su boca, y que de repente resucitaba en la fe de su espíritu con toda la antigua malignidad de su poder misterioso y trastornador de los sentidos de la criatura humana.

Aquí, cambiando de tono: «Bueno; yo que me había dicho por adelantado: Pasarás el día en alguna cosa que no fatigue... y he aquí cosas que fatigan...»

—¡Eh, Julieta!—dijo Buena-Alma, que había entreabierto un Racine de Grimpe-relle, colocado en un extremo de la mesa donde teclaba, y se puso á leer:

«Esto no es ya un ardor en mis venas oculto,
Es Venus aferrada por completo á su presa.»

—¿Cómo dices estos dos versos?

—Los digo así—respondió la Faustin, repitiéndolos ingenuamente.

—Sí... sí, así es como los ha dicho en el ensayo general—dijo Buena-Alma sin admiración.

—Vamos, háblame francamente: ¿no te gusto esto?

—Sí... acaso... estos versos aislados... habría que juzgar el conjunto.

La Faustin, espontáneamente, sin que su hermana insistiera, recitó toda la tirada.

—Está bien... bien... ¿pero crees que esto es absolutamente todo lo que tú puedes dar?

—Repetiré la tirada verso por verso— contestó la trágica con un movimiento de impaciencia.

Y la Faustin se ponía á representar lo mismo que en el teatro, marcando el fin de cada hemistiquio con esta frase: «¿Te gusta esto, así?» Y Buena-Alma, con movimientos de cabeza, fruncimientos de labios, monosílabos de duda, interjecciones de hielo, *pchs* bonachonamente desesperantes, lanzaba á su hermana en un trabajo irritado, un áspero esfuerzo, un estudio rabioso; y no mostrándose jamás completamente contenta de la nueva entonación, del gesto rehecho, de la intención última, al cabo de una hora de aquella contradicción, de aquel hostigar, de aquella disimulada y obstinada discusión del talento de su hermana, conseguía que entrara de nuevo la trágica en la mujer. Y vibrante la voz y el gesto apasionado, la Faustin daba todos sus efectos delante de Buena-Alma.

En aquel momento el médico del teatro, entreabriendo la puerta, decía á la actriz desde fuera:

—¿Qué es lo que yo le decía esta mañana?... Que no tenía V. nada... que trabajaría V. esta noche... Corro á llevar la buena noticia al teatro.

Al médico sucedía el pintor, el *retocador* de los trajes de la trágica, que se había comprometido á venir, en persona, á examinar las correcciones hechas en el traje de Fedra.

Y mientras que la Faustin, en manos de su pintor y del sastre, se probaba en el saloncito, cuyas ventanas habían sido abiertas al sol, el traje enmendado y corregido, su hermana se exquívaba, diciendo á Guenegaud, á quien encontraba traginando trastornada por las escaleras:

—¡Trabajaré!

Después llegaban: el dentista para limpiar el esmalte de los dientes, el manicuro para reavivar el nácar de las uñas, etc.; toda la serie de las operaciones minuciosas y secretas con las que, para una primera representación, se fabrican el rejuvenecimiento, el aderezo de un rostro y de un cuerpo, que la actriz y el actor quieren, por decirlo así, completamente nuevos en esos días.

En la prisa febril de estas mil ocupaciones, de todos estos pequeños cuidados se-

rios, se había disipado poco á poco el pesimismo fijo de la mañana, y en la Faustin ya no había más que una actriz entregada por completo á la representación de la noche, y tan ajena al acontecimiento de la víspera, que durante el cuarto de hora que le quedaba antes de la comida, se la habría sorprendido jugando una partida de *bezigue* con Lucy, en aquel mismo salón que la había visto muriendo de vergüenza y de pena el mismo día.

En medio de la partida, que jugaba todavía con los cabellos cogidos de cualquier modo, le anunciaron á la anciana duquesa de Taillebourg, una de las fanáticas de la Faustin, que para atraerla suerte á su representación de la noche le llevaba un pedacito de una antigua reliquia de familia, al mismo tiempo que un bote de rojo de á noventa y seis libras, de la viuda Martín, encontrado en un armario que no había sido abierto después de la primera revolución.

La actriz, acometida entonces de una especie de alegría clownesca y relinchante, lanzándose de la mesa de juego, saltó con un *houp* á la Auriol, casi por encima de Luzu; luego, llegada á la puerta del gran salón, antes de abrirla, la variable y cambiante mujer se volvió con un gran aire de dignidad, diciendo: «¡Ahora le toca el turno á la princesa!»

A las cuatro la Faustin comía, hacía la

ligera colación que tenía la costumbre de tomar los días que representaba: un huevo en un *consommé*, una docena de ostras de Ostende y una fruta.

—¡Oh! Esto es bien inútil—se decía terminada la comida, después de haberse calentado al fuego de la chimenea, un momento, las manos, aquellas manos, que eran de hielo hacía tres ó cuatro días—estaré así hasta que concluya el primer acto... entonces tendré demasiado calor.

A las cinco subía al carruaje para dar su paseo de una hora por los Campos Elíseos, ese paseo en conversación consigo misma en el crepúsculo, y en el que había encontrado algunos de sus más felices efectos escénicos.

A las seis entraba en el Teatro Francés, de la misma manera que lo hacía en el Odeón, para tener ante sí dos horas de ensayo con el apuntador en su cuarto.

Pero al cabo de un cuarto de hora de trabajo se echaba en el sofá buscando, en una inmovilidad con los ojos cerrados que casi asustaba, un reposo del ser que le permitiera trabajar en seguida con todos sus *medios dramáticos*.

XVI

«Plaza, plaza... dejadme pasar, hijos míos.»